

# CONSIDERACIONES SOBRE EL ANIMAL EN LA HISTORIA DE LOS ANIMALES DE CLAUDIO ELIANO

Por Louis MEDINA MÍNQUEZ

Departamento de Historia Antigua  
Universidade de Santiago de Compostela

**Abstract:** The subject is the relations and boundaries between men and animals in the work of Aelian (*De Natura Animalium*).

**Key words:** Aelian, Men, Animals, Nature.

## I

A lo largo de su obra Eliano<sup>1</sup> muestra repetidamente a sus personajes, en escenas en las que, puestos éstos en movimiento, participan de un juego bastante significativo de alejamiento y acercamiento entre sí.

Por ejemplo: un cazador se aleja imprudentemente de sus compañeros para ir a caer en un horno de carboneros, mientras sus perros, permaneciendo fielmente a su lado, no se apartan de su lado, y si finalmente acceden a ello será con la sólo de intención de procurar ayuda. Una vez alcanzan el camino más próximo, atraen con sus ladridos, hacia el lugar donde se encuentra su desgraciado amo, a un caminante que tras observar y reunir en su cabeza las huellas dejadas por el suceso, consigue hacerse una idea de lo ocurrido (Eliano HA I, 8).

De otra forma, toda una manada de escaros se avalanzan en persecución del cebo que harteramente el cazador ha dispuesto para ellos: una hembra a la que poder robar una caricia amorosa (Eliano HA I, 2).

Muy diferente de sentido es el juego que se establece en el fragmento que quizás de forma no casual abre la obra: el movimiento que acerca o aleja a las pardelas hacia el recién llegado a la isla que las acoge y les concede vivir, permite distinguir la condición de éste: cuando el que desembarca es griego no tienen ningún inconveniente en aproximarse como si al reconocerlo, pretendiesen ofrecerle una agradable bienvenida y al extender las alas tratasen de darle a entender el abrazo a un amigo largo tiempo ausente. Inversamente cuando, quien pone sus pies en su suelo, se trata de un no-griego no sólo se muestran indiferentes sino que, en la medida de lo posible, procuran evitarlo cautamente (Eliano HA I, 1).

Naturalmente el entrecruzamiento que así puede producirse no puede ser siempre simple ni lineal. Acercarse no es siempre sinónimo de actitud amistosa

---

<sup>1</sup> Sobre Eliano y su obra: LESKY (1989); REARDON (1971)]; CAMBIANO, CANFORA y LANZA (1994).

o de filiación genética de la misma forma que alejamiento no significa distancia y enemistad. Prueba de ello está en que, en ocasiones, seres en principio tan alejados como la serpiente y la murena, capaces de vivir en lugares tan diferentes y acostumbrados a circunstancias de todo punto encontradas, pueden ser entrelazadas por la fuerza del dios que es capaz de vencer incluso a los mismos dioses.

En cualquier caso no es intención aquí hacer un estudio pormenorizado del cuadro clasificatorio que de esta forma puede lograrse. Si que se intentará —en cambio— ofrecer, por lo menos, mediante el seguimiento de algunos de los personajes que aparecen en la obra, un esbozo del modo en que se contribuye a situar a unos al lado de otros y qué criterios permiten el acercamiento o distanciamiento entre ellos.

## II

Apolo<sup>2</sup> participa de ese juego entre alejamiento y proximidad al que nos referimos. Al menos en la medida en que lo hace posible.

Aparece en el texto, al menos una vez, como personaje armado: el arquero (Eliano HA VI, 13). Generalmente cuando así se lo representa presenta su cara menos agradable; aquella que lo hace capaz de herir desde la distancia y causar una muerte súbita. Sin embargo el relato a que nos referimos lo presenta con una función clara: rodear, defender el templo de Delfos y las riquezas allí encerradas y que aseguran la prosperidad del lugar. Su presencia sirve como contención, como barrera que sirve a un tiempo para que agentes extraños no se acerquen; e inversamente, imprimiendo un movimiento centrípeto, evitar que las riquezas allí guardadas escapen o se dispersen. De esta forma permite individualizar, delimitar su perímetro. Marca un contorno; aunque eso sí, siempre mediante o gracias a una fuerza que mantiene alejado, que obliga a mantener la distancia, o por el contrario mediante una capacidad para hacer próximo, para acortar las distancias.

En especial, esta oscilación en que se ve implicado el dios con frecuencia, se pone de manifiesto con respecto a aquello que resulta nocivo o perjudicial. Su sólo presencia sirve para disuadir a toda fiera que pretenda acercarse a Claro (Eliano HA X, 49). A voluntad los pone en fuga incluso antes de que lleguen a poner un sólo pie en ella. Delimita una zona (**chora**) libre de fieras. Este aspecto es tanto más importante en tanto en cuanto se trata de una de las condiciones que hacen posible que el hombre pueda instalarse en una zona que considerará como propia. No en vano es capaz de hacer desaparecer una plaga o mantener a distancia al animal más persistente. Igualmente es en el templo a él consagrado donde los epirotas consultan acerca de las condiciones que harán posible la reproducción de los campos:

---

<sup>2</sup> Sobre Apolo: DUMEZIL (1986); GREGOIRE, GOOSSENS y MATHIEU (1949); DAREMBERG y SAGLIO (1969); BONNEFOY (1996).

«Los epirotas mismos y toda la masa de forasteros que llega allí en romería dedican sacrificios a Apolo con otros varios actos rituales, pero en un día al año celebran en su honor la fiesta mayor, solemne y por todo lo alto. El lugar es una alameda consagrada al dios, que tiene una cerca en derredor, y dentro de ella hay serpientes que son las delicias del dios. Pues bien, la sacerdotisa, que es una mujer virgen, entra sólo y lleva comida a las serpientes. Precisamente los epirotas dicen de estas serpientes que son descendientes de la Pitón de Delfos. Y ocurre que, si estos animales, cuando entra la sacerdotisa, la miran con ternura y toman ávidamente la comida, todos convienen en que presagian prosperidad y un año libre de epidemias. Pero si inquietan a la sacerdotisa y no toman los melindres que les ofrece, las serpientes vaticinan y las gentes esperan lo contrario a lo anteriormente dicho» (Eliano HA XI, 2).

Esta característica es aclarada por el tipo de medicina que es capaz de poner en juego. A diferencia de su hijo Asclepios que es maestro en el uso de las más diversas técnicas curativas y cuyo dominio es el de las pomadas y los brebajes curativos, el poder de Apolo se muestra en la capacidad para poner a salvo cualquier lugar o ser mediante el alejamiento, la expulsión o el rechazo del mal mismo (inversamente es capaz de atraer los mayores males). Este tipo de acción es la que el experto cuidador pretende que defienda sus propiedades y se ponga en práctica cuando con la mayor de las precauciones coloca una ramita de alguna especie vegetal o rodea con alguna sustancia el lugar donde se crían sus protegidos (Eliano HA I, 58). En uno y otro caso nos encontramos ante eficaces antidotos y remedios que repelen aquello que resulta perjudicial.

Sin embargo si Apolo hace posible la proximidad de unos seres con respecto a otros, no lo hace más que de una forma ficticia. En cierto modo, las historias sobre los dioses y los héroes, simplemente se parecen o asemejan a la verdad. Otro personaje ejerce el monopolio de esa posición<sup>3</sup>.

### III

La Naturaleza aparece en la obra de **Eliano** en una posición privilegiada. Esta situación viene dada por el conjunto de caracteres definitorios que le asigna el propio texto y es también a ella a quién se apela para justificar la afinidad o distancia correspondiente.

Quizás el rasgo de mayor peso sea aquel que asegura su carácter eminentemente donador: a diferencia del celo y egoísmo que demuestran ciertos animales<sup>4</sup> al guardar y esconder los bienes que son útiles y beneficiosos, la Naturaleza se coloca en la posición de quien sabiéndose enormemente rica (**pleonektéo**, Eliano HA prólogo) —al estar en posesión de una variedad insuperable (**poiki-**

---

<sup>3</sup> Sobre la relación con la mitología por parte de los eruditos en la Antigüedad: BUFFIERE (1956); DEMATS (1973); VEYNE (1987).

<sup>4</sup> La foca es un animal **baskanon**: envidioso, maligno; Eliano HA III, 19.

lía)— ofrece estos dones sin regateo alguno. La Naturaleza es ante todo y por encima de todo, quien ofrece (**dídomi**) sus dones (**dorón**)<sup>5</sup>.

Sin embargo este ofrecimiento tiene un carácter muy concreto, matiz éste, que nos ayuda a precisar esa posición privilegiada y especial en la que es situada la Naturaleza. En efecto, este ofrecimiento, esta donación se constituye en un verdadero reparto, una asignación de partes (**sugkleróo**)<sup>6</sup>. De esta forma se distribuyen las características que distinguen a cada uno de los que reciben tales dones —cada ser recibe su parte, participa de él (**metécho**; Eliano HA VII, 10; X, 47; XI, 10)— Tales signos reciben el nombre de particularidad; signo peculiar y distintivo (**idiótes**)<sup>7</sup>. La participación diferencial (**to diáforon**) de ellos permite a quién la observa, asignar y establecer grupos (**génos**)<sup>8</sup> al tiempo que se constituyen en un verdadero equipo; funcionan a modo de arsenal que debe ser administrado<sup>9</sup>: con ellos el ser vivo (**zóa**) recibe su configuración (**péfuke**)<sup>10</sup>

<sup>5</sup> Cf. Eliano HA. I, 22, 31, 37, 40, 43, 50, 56; II, 4, 9, 11; III, 7, 45, 47; IV, 1, 9, 41, 54; V, 34, 46, 49, 52; VI, 47, 60; VII, 27; VIII, 24; IX, 24, 30; X, 47; XI, 18; XII, 7, 18; XIII, 22; XIV, 23; Epílogo.

<sup>6</sup> Los animales son **sugkekleromena**: Eliano HA. Prólogo.

<sup>7</sup> Cf. Eliano HA I, 37, 49; II, 9, 11; III, 45; IV, 41; V, 21, 34; VI, 39, 60; VII, 12; IX, 30; XIII, 22. No en vano este término se erige en objeto fundamental y distintivo de la propia obra de Eliano: cf. HA. *prologo, epílogo*; donde se ofrece la verdadera y autentica declaración de principios del autor. Baste aquí lo siguiente: «Y, si a los cazadores el simple hecho de encontrar una sola pieza les parece todo un descubrimiento, yo, en cambio, afirmo que lo auténticamente bueno no está en modo alguno en descubrir las huellas de animales, por grandes que sean, ni siquiera en llevarlos cogidos de las patas, sino en investigar las facultades que la Naturaleza les otorgó y aquellas de que les dotó».

<sup>8</sup> Eliano HA. I, 51, 55, 57, 59; II, 52; III, 29, 36, 45; IV, 5, 9, 16, 20, 27, 41, 58; V, 48, 51; VI, 43, 61; VII, 2, 24, 45, 47; IX, 2, 11; X, 6, 8, 16, 21, 24, 36, 39, 44, 63; XI, 1; XII, 5, 15, 32, 41; XIII, 19, 28; XIV, 1.

<sup>9</sup> Cf. El término **ormé** designa esa capacidad de la que dispone el animal de forma innata, heredada igualmente en calidad de don de la Naturaleza y que le permite desde su nacimiento afrontar ese tipo de actividades. Eliano HA. I, 31, 40; III, 10 De la misma forma este instinto es un artificio, en ocasiones engañosamente peligroso, que la Naturaleza ha dispuesto en los seres y que permite su ensamblaje y unión; Eliano HA XIV, 18; no hay que despreciar las connotaciones sexuales de este impulso: «El impulso que la Naturaleza infunde, inflama...» Eliano HA XVII, 36. Por otro lado esta forma de concebir la Naturaleza tiene tras de sí una larga tradición en la Antigüedad. El amor y la amistad como tendencia natural se relaciona con una visión del universo que se relaciona enormemente con las imágenes de la ciudad, en tanto que comunidad de seres y posee por tanto unas connotaciones políticas evidentes: Cf. SCHOFIELD (1991) pags. 27-49 y 61 y ss.; RYKWERT (1976) sobre esta interacción y PIZZOLATO (1993) 154-199 y HELLEGOUARC'H (1972) sobre los diferentes aspectos políticos de la amicitia.

<sup>10</sup> Cf. Eliano HA. II, 22; XIV, 23. La Naturaleza por tanto es creadora, hacedora, artista que modela e imprime; la Naturaleza cuece: **poiéo**, **ergáxomai**, **pláссо**, **demiourgéo**, **péссо**: cf. Eliano HA. I, 21; III, 10; IV, 5; V, 17; XI, 2; XII, 16 Este conjunto de acciones cobran importancia capital si tenemos en cuenta que concuerdan con aquellas con las que tradicionalmente la antigüedad ha venido hablando de la producción poética, entendiendo ésta como tésis: ensamblaje, patrón ordenado. de esta forma la Naturaleza es tema en tanto que es ella, en virtud de su capacidad para ordenar y estructurar el mundo es capaz de la función poética (poéesis): creadora de orden, logos. Sobre esta cuestión en V.V.A.A. [1988] *Lírica y música griega* de B. Gentili, pags. 167-169. Por la misma razón la Naturaleza es el modelo de todo aquel que busca la sabiduría y, por tanto, con todas las reservas y precauciones que ello implica, debe tratar de imitar (mímesis): es ella la que ofrece sus enseñanzas (**mathema**), su arte certero a quien alberga estas aspiraciones. Mímesis y eikós son términos íntimamente unidos a este respecto (pag. 168).

—conjunto de propiedades siempre visibles, externas<sup>11</sup>, superficiales y que aglomeradas dan el sentido del término **génos**—.

Sin embargo no es este el único aspecto del papel que le ha tocado jugar a la Naturaleza. En tanto que ella es el punto del que emanan todas y cada una de esas características propias del animal se coloca en origen (**aitía**). Es ella en último caso quién sirve de explicación a todo aquello que ocurre, el eslabón último al que conectar cada uno de los fenómenos (**prattómena, práссо**)<sup>12</sup>: los acontecimientos. El sentido del acontecimiento es explicado precisamente al aludir a la naturaleza específica del ser vivo (**physis**; Eliano HA Epílogo): puede considerarse esta la particularidad de mayor peso asegurando su pertenencia y participación en el reparto instaurado por la Naturaleza (Eliano HA II,2).

Así, en tanto que ella justifica cualquier acción se erige en dadora y sancionadora de una ley que rige su propio destino, su propio comportamiento<sup>13</sup> y es conforme a ella que cualquier otro comportamiento o acontecimiento debe ser valorado<sup>14</sup>. Esta asignación de puestos no tiende en ningún caso a la uniformización<sup>15</sup>; por el contrario, valora (**timáo**)<sup>16</sup>: se alía, respeta y se muestra deferente (**spéndo**)<sup>17</sup>; o por el contrario, muestra compasión (**oiktízo,eeleo**)<sup>18</sup>, castiga (**timoréo**)<sup>19</sup>.

Que esto sea así se debe a que otro de los puestos que es asignado a la Naturaleza en función del término **aitía**<sup>20</sup> es el de fuerza que obliga a todos los seres (**biázo**)<sup>21</sup>. La ley es un mandato, una exigencia (**anáke,nómos**)<sup>22</sup>. Sin depender de nadie, sin consultar a nadie, otorga una ley que ella misma cumple sin necesidad de recurrir a ningún estímulo externo. Esta es la razón de que se le aplique el calificativo **sobarótera**<sup>23</sup>. De forma decidida, atendiendo únicamente a sus propios intereses, entra en completa conformidad consigo misma<sup>24</sup>.

Queda aún por precisar uno de los aspectos más importantes del papel que le es otorgado a la **physis** y que confirma precisamente este carácter polivalen-

<sup>11</sup> Cf. Camaleón; Eliano HA. II, 14.

<sup>12</sup> Cf. Eliano HA. I, 14.

<sup>13</sup> Cf. Eliano HA. I, 14.

<sup>14</sup> Cf. Eliano HA. I, 21; II, 9, 42; XI, 40; XII, 20.

<sup>15</sup> Desequilibrio del reparto: Eliano HA. XI, 26.

<sup>16</sup> Cf. Eliano HA. II, 32.

<sup>17</sup> Cf. Eliano HA. II, 37.

<sup>18</sup> Cf. Eliano HA. XIV, 18.

<sup>19</sup> Cf. Eliano HA. XII, 32.

<sup>20</sup> Cf. Eliano HA. VI, 61.

<sup>21</sup> Cf. Eliano HA. IX, 9.

<sup>22</sup> Cf. Eliano HA. II, 13; III, 23, 44; IV, 54.

<sup>23</sup> Cf. Eliano HA. III, 12. Sobre el desprecio de la Naturaleza por otra ley que no sea la suya: Eliano HA. IV, 54; V, 1.

<sup>24</sup> Este carácter aparece doblemente marcado: en primer lugar por su indiferencia (**melo**) hacia cualquier otra ley o norma que no sea ella misma —cf. p.ej. indiferencia hacia las leyes de los hombres en Eliano HA. III, 23, 44; IV, 54; VI, 61; IX, 1—; en segundo lugar por su contraposición a otras figuras cuya función es precisamente la de ofrecer una orden, una palabra que implique mandato y que sin embargo presta atención a cebos externos a ellos - cf. p.ej. el rey persa en Eliano HA. VII, 12.

te de su posición. La Naturaleza es misteriosa (**apórretos**)<sup>25</sup>. Es capaz de causar sorpresa y admiración (**thaymáxo, ékplexis**)<sup>26</sup>. Y si ello es así se debe al carácter eminentemente cambiante, variable, moldeable (**poikilos, eutrápelos**)<sup>27</sup>. No es posible cercar o asignarle un lugar fijo, no es posible acotarla y de ningún modo es factible encerrarla en el estrecho espacio de las palabras<sup>28</sup>. De nuevo esto es consecuencia de su carácter eminentemente donador: como veremos más adelante al hablar de la forma en que el hombre trata de apropiarse de ella para hacerla visible, son esos signos que sobre los cuerpos se instalan, los que hacen posible seguir su curso y sin embargo —no debe olvidarse— se conservan diferenciados como su condición de objeto de reparto implica. En efecto, en tanto que ofrecidos tales dones no lo son más que en calidad de prestamo, no le pertenecen en propiedad a los seres que los portan. De la misma forma que la Naturaleza se muestra cambiante los signos que permiten reconocer a los seres vivos mutan y se transfieren de unos a otros al ritmo que aquella les va marcando<sup>29</sup>. Esto dificulta enormemente el seguimiento de su curso<sup>30</sup>. Las máscaras bajo las que se ofrecen a la vista son constantemente cambiantes<sup>31</sup> y precisamente amoldarse a ese constante fluctuar es signo de vivir inmerso en la Naturaleza, de acercarse a ella y reconocer su superioridad. Es esta variabilidad la que hace de la Naturaleza algo insuperable (**ámachos**)<sup>32</sup>. Merced a esa capacidad para transformar cualquier situación y a su poder de asombro la Naturaleza es capaz de conducir, guiar (**ágo**)<sup>33</sup> a los seres por el camino marcado. Esta condición de guía la acerca a quien es caracterizado como **hegemónos**<sup>34</sup>. Tal condición hegemónica se materializa en la forma de pacto, de alianza (**spendo**) bajo cuyo signo se instalan los seres vivos<sup>35</sup>.

Lo que acabamos de exponer acerca de la physis nos conduce indefectiblemente a ver a la naturaleza desdoblada. En tanto que juez y causa la Naturaleza es presentada como ley, como poseedora de un saber (**eído**)<sup>36</sup> que establece aquello que es conveniente, necesario y lo muestra a modo de enseñanza (**mantháno**)<sup>37</sup>. Por otro lado esta conveniencia se fundamenta en la capacidad sin límites de conducir, de convencer, de ofrecer a la vista un espectáculo deslumbrante y sorprendente. Naturaleza **pharmakída**, habil y experta

<sup>25</sup> Eliano HA. II, 22; IV, 23, 41; V, 1; VIII, 28.

<sup>26</sup> Eliano HA. II, 9, 11; VI, 60; Esta capacidad para mostrarse variable, constantemente cambiante es lo que le confiere una belleza superior e inimitable: **Kala**; Eliano HA. VII, 10; XVII, 23.

<sup>27</sup> Eliano HA. VI, 59; XVII, 28.

<sup>28</sup> Cf. Eliano HA. VI, 60.

<sup>29</sup> Eliano HA. XII, 28.

<sup>30</sup> Eliano HA. VII, 8.

<sup>31</sup> Cf. Eliano HA. III, 16. La Naturaleza es **pharmakída** y por tanto capaz de hacer cambiar el aspecto de las cosas a los ojos de quien las observa; Cf. Eliano HA. II, 14.

<sup>32</sup> Cf. Eliano HA. VI, 59.

<sup>33</sup> Cf. Eliano HA. VII, 2, 27.

<sup>34</sup> Cf. su descripción en Eliano HA. II, 13.

<sup>35</sup> Las connotaciones políticas en PIZZOLATO (1993) pags.195-199.

<sup>36</sup> Cf. Eliano HA. II, 3; V, 49; VI, 58.

<sup>37</sup> Cf. Eliano HA. II, 22; V, 22; VI, 59; VII, 27; IX, 1; XVII, 22.

(**sofóstata**)<sup>38</sup>, capaz de conducir con su comportamiento por divagaciones (**philosophéo**)<sup>39</sup> enrevesadas y muy difíciles de controlar a quien no preste la mayor atención, a quien no mantenga en constante alerta sus sentidos. La condición astuta y hábil no colisiona en ningún caso con la fidelidad y serenidad que exige su papel de otorgadora de mandatos y leyes; muy al contrario tal posición inexpugnable asegura su capacidad para ejercer ese papel lejos de toda desmesura inaceptable y despótica.

#### IV

Sabemos entonces que la Naturaleza provee a los diferentes seres de aquello que les es necesario para la vida de una forma inteligente. Este principio actúa de forma razonable; y es capaz de ensamblar las diferentes partes en un todo correcto.

El impulso que ella ha dispuesto en ellos, asegura, facilita ese ensamblaje.

Lo que nos importa por el momento es mostrar que de esta forma natural los animales están dispuestos los unos con respecto a los otros y que esto les lleva a establecer relaciones de amistad (**philía**) y alianza (**spondé**) o de guerra (**polemós**) y animadversión (**phobéo**). Sólo teniendo esto en cuenta puede entenderse que seres en apariencia tan alejados como la murena y la serpiente puedan ver rebajada la distancia que los separa y entrelazarse amorosamente. Igualmente ¿por qué el cocodrilo permite al pluvial entrar y salir de su enorme boca sin sufrir daño alguno?

Visto ésto no resulta extraño entonces, que podamos encontrar animales especialmente dados a entablar relaciones amistosas con el hombre. Y por eso mismo debe trazarse con mucho cuidado la línea entre aquellos que pueden llegar a entrar en conveniencia con el hombre y aquellos otros con respecto a los cuales deben mantenerse siempre unas distancias prudenciales.

Naturalmente, la bestia (**theras**) designa precisamente a estos últimos con respecto a los cuales el hombre debe tratar de mostrar una actitud de mayor cuidado. Su carácter, su naturaleza los hacen poco propicios a amoldarse al trato con el género humano y un descuido puede resultar fatal. La única relación posible es la que se establece mediante la caza: la fiera es el ser con respecto al que debe estar en permanente estado de alerta ante la posibilidad de un ataque y a ser posible es preciso mantener siempre a raya su presencia.

«Los lobos son la cosa más feroz. Cuentan los egipcios que se devoran unos a otros y dicen que la singular manera de la acomeida es la siguiente: primero dan, al paso, vueltas en círculo y, luego, tras esta

---

<sup>38</sup> Cf. Eliano **HA. II, 3; VI, 58; IX, 5** No obstante la habilidad de la Naturaleza se opone a los trucos groseros y engañosos que emplean determinados hombres para mitigar sus esfuerzos: Eliano **HA. VI, 1**.

<sup>39</sup> 39 Cf. Eliano **HA. IX, 5**.

operación, continúan girando pero ya corriendo. Cuando alguno de ellos, a causa del vértigo que produce la carrera, se marea y cae en redondo, los restantes caen sobre el que está despatarrado, lo despedazan y devoran...» (Eliano HA VII, 20).

Dos precisiones son necesarias a este respecto: en primer lugar y como veremos a continuación la caza no es la línea que separa al animal doméstico de la fiera. Y en segundo lugar que se deba dar caza y muerte a estos seres no significa que no se deban guardar unas normas de comportamiento en el curso de la misma. Por ello mismo es preciso establecer un criterio que permita diferenciar la situación concreta y la estrategia a aplicar. O dicho con otras palabras, en el conjunto de normas éticas que dirigen el comportamiento del varón se debe dar cabida al animal.

El animal puede resultar muy útil para el hombre. Funciona como propiedad y como instrumento mediador. Y ello a varios niveles que pueden diferenciarse mediante el análisis pero que deben considerarse unidos necesariamente.

El animal puede servir como presagio que indique el curso de un acontecimiento: actúa en estos casos en calidad de servidor (**therapontes**) del dios<sup>40</sup>. Incluso es habitual encontrarlo como parte integrante de las numerosas *theologías* locales que se pueden citar. Por ello es importante para el hombre considerarlo un signo digno de ser observado y considerarse en ocasiones como discípulo por un momento del animal que se comporta en concordancia con la Naturaleza: «Uno debe saber que el pez piloto es pez de mar abierto, y, de los peces de los que tenemos referencia, el que lo pasa mejor en las profundidades submarinas. Por otro lado, este pez aborrece la tierra, o la tierra a él. Y justo cuando las naves surcan alta mar, los referidos peces pilotos acuden a ellas como si fueran amadas, les brindan su protección, las mandan por esta parte y por la otra, danzando y saltando a un tiempo. En fin, por lo que toca a los pasajeros, sin duda alguna no les asiste la más mínima posibilidad de saber a qué distancia se encuentran de tierra y, por lo que respecta a los marineros, también ellos suele ocultárseles la verdad. Pero a los peces pilotos desde muy lejos perciben la distancia a manera de una perra dotada de fino olfato que se hace enseguida con la presa, y a partir de entonces, ya no los embarga tan grande pasión por la nave como para continuar a su lado, sino que, como obedientes a una señal, forman una piña y se marchan, alejándose del lugar. A partir de ese momento las autoridades de la nave saben que es precisamente cuando es posible divisar tierra, intuyéndola no por los faros de la torre sino informados por los referidos peces pilotos» (Eliano HA II, 15).

Puede servir como elemento bello, decorativo, un espectáculo digno de ser admirado.

---

<sup>40</sup> Eliano HA. XII, 4.



«En los palacios reales de la India, donde despacha el más poderoso de los reyes del país, aparte de las cosas que ahora vamos a resaltar hay también otras muchas cosas dignas de admiración, tanto que no cabe comparar con ellas ni la Susa de Memnón y la suntuosidad que encierra ni la magnificencia de Ecbatana, simplemente porque aquellos palacios parece que son vana presunción persa si se comparan con los de la India a que ahora nos referimos.

No incumbe a esta historia englobar en su relato los restantes aspectos de los referidos palacios de la India, sino que nos limitamos a decir esto: en sus jardines se crían pavos reales mansos y faisanes acostumbrados a venir a las manos, que tienen sus moradas en los árboles preparados, a los que los encargados palaciegos consagran los debidos cuidados.

Hay también alamedas umbrosas y hierba que crece entre los árboles, cuyas ramas están entrelazadas entre sí con una habilidad propia del experto en arboricultura...» (Eliano HA XIII, 18).

Finalmente contribuye a la conservación y reproducción de su vida, formando parte de las condiciones que hacen posible su desarrollo: en tanto alimento él mismo pero igualmente en tanto que ayuda en las tareas agrícolas.

Cada una de estas posibilidades condiciona el modo en que el hombre se comportará con respecto al animal, diferenciándose así un conjunto de prácticas que le permitan apropiarse de él y asignándole un lugar (físico al tiempo que simbólico).

Además de todo ello, en el marco de las relaciones que de esta forma se establecen, es preciso estar muy atento a la posición que el hombre adopta con respecto a él pues a la hora de valorar al personaje es fundamental contemplar la forma en que se conduce. Dicho de otro modo, el animal es mediador para el hombre, al ponerse a sí mismo de una forma determinada, no sólo con respecto al mundo o a los dioses sino también con respecto a sí mismo. Contribuye a asignarle un lugar.

¿De qué forma se establece este tipo de relación? La tarea del hombre encargado de la doma es doble: en primer lugar ha de lograr que los restos de fiereza, el ímpetu que la Naturaleza le ha infundido —aquellos que tan útiles le han sido en su ámbito normal y que el animal aún conserva— desaparezcan para de esta forma hacerlo más amoldable a lo que quiera enseñarle. Eliminar aquellas tendencias naturales de las que está provisto para la vida en su medio natural y que no resultan compatibles con el trato humano. De no obrar así el animal resultará inservible al humano.

«Primero los llevan atados a algún bosque un poco distante de la zanja en la que los capturaron, reteniéndolos con las cuerdas y no permitiéndoles correr hacia delante ni tampoco detenerse y tirar hacia atrás. Después, una vez que los han prendido a todos y cada uno de

ellos de un árbol muy corpulento y a una distancia del árbol calculada de manera que ni puedan saltar hacia delante ni tampoco retroceder demasiado hacia atrás, como harían si se les dejara brincar y atropellar; con la privación de la comida y el hambre quebrantan su excesivo vigor y fortaleza y así claro, poco a poco extinguen su furor y la condición indoblegable de su espíritu y el resultado, efectivamente es que los animales dan al olvido la fiereza indomable hasta entonces y quedan rendidos y despojados de su anterior furor» (Eliano HA X, 10).

En segundo lugar el varón experto en este tipo de actividades debe proceder a enseñarle el conjunto de gestos que debe realizar como parte de la actividad que quiera asignarle.

En ambos momentos, el hombre no debe descuidar en absoluto, ninguno de los signos que le indiquen cuál es la manera más indicada para llevar a buen fin su cometido. Al atraer hacia sí al animal el criador —igual que el cazador— hecha mano de aquello hacia lo que naturalmente aquél está inclinado: los cebos y *pharmakoi* más indicados. La enseñanza a la que debe someter al animal no pasa de ser una simple repetición mecánica de gestos y movimientos, que no tendrían la menor eficacia de no ser porque la naturaleza propia del animal lo hace posible. Al proceder al entrenamiento de un animal o al hacer uso de él, un cuidador simplemente se limita a hacer uso de lo que la naturaleza ha dispuesto en el cuerpo del animal. El hombre se limita a aprovechar y encauzar una fuerza que ya estaba ahí.

¿Cuáles son esas cualidades que el animal debe mostrar y que se ponen en juego en el momento de la domesticación?

En primer lugar una disposición natural para seguir a su amo allí donde quiera seguirle. El animal domesticado, amansado (*praótes, émero*) se define esencialmente por la facilidad con que puede ser conducido (*ágo*), moldeado (*prayno*) a voluntad (*thelema, ethélo*). De la misma forma, el animal doméstico se pone de manifiesto en el transcurso de una suerte de enseñanza (*mantháno*) que pone de relieve su buena disposición (*eykolía*) a través de los diferentes ejercicios (*máthema*) que su guía prescribe y que hacen uso de las particularidades (*idiótes*) que exhibe (Eliano HA II, 11).

«...si reciben un bien están bien capacitados para recordar el buen trato recibido...Se les gana halagando su estómago y desde ese momento, una vez amansados, permanecen ya la cosa más pacífica, y jamás atacarán a sus benefactores, una vez desligados de su fiereza connatural y congénita...» (Eliano HA IV, 44).

«El caballo, cuando oye el ruido del freno y el sonido metálico del bocado y ve el peto y la cabezada, bufa entonces y, encabritándose, golpea el suelo con los cascos y parece que le ha entrado el demonio y, a su vez, el grito de los mozos de cuadra lo enardece y pone derechas las orejas y dilata los ollares porque piensa en la carrera que le

espera y porque se siente atraído por la fuerza irresistible de su acostumbrado ejercicio» (Eliano HA VI, 10).

Por otro lado, en el lazo que une al hombre con los animales que le rodean se pone de manifiesto un rasgo especialmente característico: una suerte de atracción (**philanthropía**). Se descubre aquí de nuevo la **philía**, la afinidad que mantiene unidos entre sí a los seres más dispares. El animal se siente atraído por el hombre que lo conduce, que por su parte debe siempre mantener una disposición adecuada y acorde con la posición de dominio que ocupa.

«Una joya y una preciosidad de ganso era propiedad de Lacides, el peripatético. En efecto, amaba intensamente a su amo: si caminaba, caminaba junto a él, y, si se sentaba, se paraba, y no lo dejaba ni a sol ni a sombra. cuando murió, Lacides lo enterró con los máximos honores, igual que si él enterrara a un hijo o a un hermano». (Eliano HA VII, 41).

De esta forma ambos procesos deben considerarse simultáneos y en ellos se pone de manifiesto no sólo la pericia del hombre sino también el tipo de actitud que es capaz de exhibir.

Por ello resultan enojosos a los ojos de Eliano esos cuidadores que haciendo uso de la violencia tratan de enseñar tareas que no les son propias o acostumbrarles a permanecer en lugares poco convenientes. De esta forma se pone de manifiesto, por un lado, el carácter tiránico de quién obra así y, por otro, la ignorancia de aquello que la Naturaleza ha dispuesto.

Por tanto, con respecto al animal, el hombre en su comportamiento va a poner en juego no sólo su pericia en el desarrollo de técnicas sino también determinada capacidad para distinguir, separar, discernir, mediante el uso de determinados signos aquellos animales que le pueden reportar una utilidad. Es decir, el animal tiene el mismo valor para el hombre que aquel que tengan sus particularidades naturales y el uso que de ellas sea éste capaz de hacer de ellas. Simultáneamente al obrar así pone de manifiesto cuál es su lugar. Se sitúa y marca las distancias con respecto a otros personajes que lo rodean, al tiempo que da el sentido de la relación que mantiene consigo mismo y con la Naturaleza.

La caza y la relación que el cazador mantiene con sus colaboradores animales durante la misma indican el tipo de relación que debe ser considerada adecuada:

«Historias de los habitantes de Eubea, que insistentemente llegan aquí, afirman que los pescadores que van a pescar allí asignan a los delfines del lugar igual parte que se llevan ellos...Pues bien, los delfines, nada más que ven a los pescadores encender fuego, se preparan. y mientras los pescadores van remando suavemente, los delfines empujan, metiéndoles miedo, a los peces que están un tanto alejados

de los pescadores y les impiden escapar...En estas condiciones los peces presionados por todas partes...comprenden que no hay escapatoria para ellos... Y los delfines se acercan a los pescadores, como reclamando de la ganancia obtenida en aquella empresa común la porción debida a ellos en el reparto, y los pescadores, leales y agradecidos, ceden a sus compañeros de cacería la parte que les corresponde, y no hay otra solución si quieren que otra vez les ayuden unos aliados que no necesitan ser llamados y que no ponen excusas, pues los que allí se dedican a las cosas del mar están convencidos de que, si lo pasan por alto, tendrán como enemigos a los que antes tenían como amigos» (Eliano HA II, 8).

El hombre debe así marcar con sus actos una actitud de alianza y pacto que lo una de forma natural a otros seres que lo rodean. La parte recibida y la parte que toca a cada uno sirven de señal, marca que sanciona la unión, la alianza; al tiempo que designa perfectamente el lugar que le toca a cada uno, de que lado del reparto cae su lugar y cuál es el valor que se le otorga. Por supuesto, todo ello se hace tomando como modelo a la Naturaleza, quien sanciona en todo momento el carácter de la unión. Es ella quien al ofrecer la configuración correspondiente establece la posibilidad de la filiación, la posibilidad del tratado. Los hombres no hacen más que reconocer y aceptar la situación dada por ella<sup>41</sup>.

Podemos entender ahora el porqué era necesario para Eliano separar de forma tan brutal a la Naturaleza y concederle un estatuto privilegiado. De esta forma, se consigue establecer un principio que organice ordene a los personajes que participan en los diferentes relatos. Sin duda, en la obra de Eliano podemos distinguir diferentes planos, diferentes conjuntos que funcionan como referente y de los que el autor ha echado mano para elaborar y caracterizar cada personaje. Con todos estos elementos puede elaborarse un plan, organizado mediante operaciones similares a las que los fabulistas utilizaron a lo largo de la Antigüedad.

---

<sup>41</sup> Es necesario recordar aquí la reavivación que el debate sobre la existencia de lazos de derecho entre hombres y animales experimenta en la época en que Eliano escribe, especialmente como consecuencia de las reflexiones y novedades que Ulpiano aporta:

«Il faut noter que l'idée d'un tel droit naturel commun aux hommes et aux animaux est exceptionnelle dans la doctrine juridique romaine à l'époque classique. Pour les prédécesseurs et les contemporains d'Ulpian, le droit naturel est tout simplement l'équivalent du *ius gentium*, «droit des gens qu'une raison naturelle (*naturalis ratio*) avait établi parmi tous les hommes» (Gaius, *Institutes*, I, 1). Ils conçoivent donc la division du droit comme une dichotomie: droit «civil» propre à chaque peuple et droit «naturel» commun à tous les hommes. Pour eux, comme pour les spécialistes modernes de la sociologie juridique, le droit est le domaine privilégié de l'homme, dont les animaux sont exclus. Pour Ulpian au contraire, il y aurait une zone de rencontre juridique entre les hommes et les animaux». POLIAKOV (1975) pags. 98-99.

Para concluir por tanto será necesario tratar de clarificar el carácter de la relación que el hombre exhibe con respecto a sí mismo y que se pone de manifiesto en su relación con el animal. Se trata por tanto de ver qué rasgos permiten caracterizar a aquellos hombres que se conducen dentro del marco normativo impuesto por la Naturaleza. Para ello, no existe ningún impedimento en que realicemos esa aproximación partiendo de algunos animales que sirven como ejemplo perfecto de esa actitud que el hombre debe mantener.

La abeja reina remite de forma inequívoca a aquello de lo que hablamos: en ella encontramos sin duda la capacidad para dirigir, ordenar y distribuir a cada uno en su lugar correspondiente. Gracias a su actuación las celdas permanecen perfectamente delimitadas y los enemigos externos e internos permanecen perfectamente controlados. Mientras permanece en su función de administración de los asuntos de esa ciudad en miniatura que es la colmena, los zánganos se mantienen a raya y sus fechorías resultan ineficaces. Por otro lado, es capaz de conducir a sus servidoras, guiarlas en un trayecto y hacerlas llegar a su destino sin percances (Eliano HA V, 11). Compartiendo esta característica con el cisne, la abeja reina posee una característica muy sobresaliente: no ataca sino es ofendida o provocada; sabe mantener una actitud de dominio sin necesidad de recurrir a la violencia efectiva y no presta atención a normas ajenas o externas que puedan distraer su tarea (Eliano HA I, 59).

¿Algún otro animal puede completar este cuadro? El águila (Eliano HA I, 42; II, 39; IX, 10). Pero aquí debemos tener cuidado pues al menos dos tipos de esta rapaz aparecen en el texto. Por el momento no seguiremos a la rapaz próxima al halcón que se preocupa ante todo por dar caza a los animales que se ponen a su alcance. Al lado pero a gran distancia de este tipo encontramos al águila real, el águila de Zeus. Blanca (a diferencia de su congener negro) vuela a gran altura; cercana a los abrasadores rayos del sol y no dejando escapar a su agudísima mirada nada de lo que ocurre. Y es precisamente con respecto a él (al Sol) como pone de manifiesto los atributos que le acercan a los personajes que antes concretábamos: ajena a los fármacos aplicados desde fuera; es capaz de permanecer durante largos periodos en las altitudes donde el calor se hace insostenible, manteniendo en todo momento un dominio constante de sus acciones y, al mismo tiempo, usando la luz que emana de él, somete a una prueba insostenible a su descendencia.

En el caso concreto que estamos analizando el reverso lo encontramos perfectamente subrayado de forma opuesta, negativa en el caso de varios personajes humanos: despotas excéntricos, excesivos y extraños de origen oriental.

«Según dicen, Ciro el Grande estaba orgulloso del palacio de Persépolis, que se había hecho edificar bajo su personal supervisión, y Darío lo estaba del lujo de las edificaciones de Susa, pues también él se hizo construir según sus propios planes en Susa aquellas célebres mansiones... Los historiadores hacen encendidos elogios de estas

obras, sin embargo, a las construcciones de las abejas, que son mucho más habilidosas y perfectas, a éstas, en cambio, no les prestan atención, por poca que sea. Digo esto porque aquellos personajes todo lo que hicieron lo hicieron haciendo sufrir a muchos operarios, en cambio, a juzgar por lo que se ve, no hay criatura más delicada que la abeja, como tampoco más habilidosa» (Eliano HA I, 59).

Si bien es cierto que los tres animales que acabamos de mencionar se aproximan en los aspectos de los que hemos hablado existen ciertos caracteres que los alejan. Dos fragmentos ponen en juego la relación entre ejercicio de la fuerza y obediencia a la norma lo cual nos permite comprobar en que punto se produce el alejamiento.

«...es que el cisne se comporta valientemente no sólo frente a la muerte, sino también en las mismas peleas. La verdad es que no empieza él a ofender a otro, conduciéndose en esto como un varón formal y educado, pero si otro empieza, no se deja ni cede. Por lo que toca a las demás aves, todas ellas están con los cisnes y estos con ellas en paz y concordia, pero el aguila llega incluso muchas a veces a atacar al cisne, como asegura Aristóteles, pero jamás lo vence, sino que siempre queda por debajo del cisne, que combate al aguila no sólo amparado en la fuerza bruta, sino que también la rechaza amparado en la justicia que está de su lado».

En ningún caso la fuerza bruta es considerada cualidad que deba ser liberada de toda traba y ejercida sin control alguno: «Hay una leyenda que dice que las reinas de las abejas carecen de aguijón, pero otra leyenda distinta dice que les vienen de nacimiento unos aguijones muy fuertes y afilados a machamartillo, pero que no los utilizan nunca contra el hombre ni contra las abejas, sino que están concebidos simplemente para infundir miedo, porque, según dice esta leyenda, no es justo que el jefe y vigilante de tantos subditos haga daño a nadie. Y los entendidos en estas cuestiones convienen en afirmar que las restantes abejas, en presencia de sus jefes, abaten sus aguijones, como si renunciaran a su poder y se lo concedieran a aquéllos.»

Sin duda para ello existe una buena razón. Quién pone en práctica la fuerza en sus relaciones con quienes le rodean y en especial con sus subordinados o con aquellos que se aparecen más frágiles y vulnerables, suele dejarse llevar por una fuerza que lo trastorna y nubla sus sentidos. Ese momento es el más propicio para que la injusticia haga su aparición. Se trata de una situación muy parecida a la que se desarrolla cuando alguien se deja llevar o llenar por los impulsos sexuales o por un desmesurado estómago:

«Entonces los peces machos, exactamente igual que los jóvenes cuando contemplan una chica bonita quedan electrizados, la persiguen

y porfían por adelantarse unos a otros, llegar hasta ella y rozarla, exactamente igual que hombres locos de amor pretenden dar un beso a su amada, hacerle cosquillas o consumir alguna treta amorosa... Entonces los escaros machos... son apresados y pagan este castigo por su ímpetu sexual» (Eliano HA II, 2).

Precisamente, esta situación es la más propicia para que aquel que se encontraba en desventaja de la vuelta a la situación y haciendo uso de su habilidad logre imponerse y derrotar a su adversario:

«A mis oídos llegó también la siguiente hazaña de un pulpo. Había una roca que sobresalía de la superficie del agua, pero no demasiado alta. Resulta que una vez un pulpo trepó a ella, extendió allí sus tentáculos y la mar de contento se calentaba aprovechando un tibio sol (porque parecía que hacía un tiempo desapacible), en un momento en que todavía no se había vuelto del color de la roca. Pero resulta que efectúan esa operación espontáneamente los pulpos que quieren mantenerse al abrigo de las insidias de que son objeto y también cuando son ellos los que acechan a los peces. Pues bien, un águila que vió con gran agudeza a la presa, que, por lo demás, no era buena para ella, con toda la fuerza y movimiento de las alas de que era capaz, se abatió sobre el pulpo, mientras mentalmente se hacía los más hermosos cálculos pensando que iba a poder disponer de comida para ella y sus pequeños. Pero resultó que los tentáculos del pulpo envolvieron al águila y, aferrándose tenazmente a su mayor enemigo, lo arrastraron al agua y, cual aquel lobo boquiabierto al que se refiere la fábula, flotaba muerta sobre la superficie del mar el águila por culpa del esperado banquete. Innumerables calamidades experimentan las aves, pero muchas más los hombres» (Eliano HA VII, 11).

Por lo que respecta al hombre mismo el texto nos provee de algunas precisiones valiosas sobre cuáles son las cualidades que deben adornar al varón caracterizado por su independencia con respecto a este tipo de impulsos. Por supuesto debe disponer de un cuerpo perfectamente preparado, vigoroso y tonificado, de tal forma que mediante el uso de la fuerza esté preparado para afrontar cualquier situación (Eliano HA XII, 43). A su lado es preciso que sepa hacer gala de una cualidad especialmente útil: una capacidad para mediante el uso de su habilidad ser capaz de conducir la situación por el terreno que más propicio le sea en cada momento. De la misma forma que el hombre es capaz de domesticar y moldear al animal más voluminoso e impetuoso, debe ser capaz de mostrar esa misma habilidad por lo que respecta sus propios impulsos. Sin duda ello se debe como acabamos de ver a que es preciso que en vez de dar completa libertad a esa fuerza se mantenga un equilibrio adecuado entre el impulso que anima y el uso de los sentidos, pues de lo contrario puede verse en más de un

apuro. Gracias a ellos y al uso que de ellos haga el hombre puede alcanzar esa posición de dominio que antes le veíamos mantener con respecto al animal. Para ello es preciso que muestre su inteligencia (**sophía**). Gracias a ella se consigue precisamente poner en conexión objetos y seres que en apariencia están tremendamente alejados entre sí pero que por su naturaleza presentan grandes afinidades. Al apropiárselos y hacer buen uso de ellos alcanza a acaparar un equipamiento (**parousía**) adecuado a su condición que en todo momento debe tener como límite y guía las normas y mandatos que la Naturaleza ha dispuesto y que deben ser en todo momento objeto de adivinación, de conocimiento por el varón experimentado.



## BIBLIOGRAFÍA

- BONNEFOY, Y. (dir.) (1996): *Diccionario de las mitologías*. Vol.II. Barcelona.
- BUFFIÈRE, F.(1956): *Les mythes d'Homère et la pensée grecque*. París.
- CAMBIANO, G.; CANFORA, L.; Y LANZA, D. (dir.) (1994): *Lo spazio letterario della Grecia Antica*. Vol.I Tomo III. Roma.
- DAREMBERG, CH. Y SAGLIO, E. (1969): *Dictionaire des Antiquités*. T.II.1. Graz.
- DEMATS, P. (1973): *Fabula. Trois études de mythographie antique et médiévale*.
- DUMEZIL, G. (1986): *Apollon sonore et autres essais*. Paris.
- GENTILI, B. (1996): *Poesía y público en la Grecia Arcaica*. Barcelona.
- GRÉGOIRE, H.; GOOSSENS, R. Y MATHIEU, M. (1949): *Asklèpios, Apollon Smintheus y Rudra*. Bruselas.
- HELLEGOUARC'H, J. (1972): *Le vocabulaire latin des relations et des partis politiques sous la République*. Paris.
- PIZZOLATO, L. (1993): *L'idea di amicizia nel mondo antico classico e cristiano*. Torino.
- POLIAKOV, L. (1975): *Hommes et bêtes. Entretiens sur le racisme*. Paris.
- SCHOFIELD, M. (1991): *Stoic idea of the city*. Cambridge.
- REARDON, B.P. (1971): *Courants littéraires grecs des IIe et IIIe siècles après J.C.*. París.
- RYKWERT, J. (1976): *Idea of a town. Anthropology of urban form in Rome, Italy and the Ancient World*. London.
- VEYNE, P. (1992): *¿Creyeron los griegos en sus mitos?*. Barcelona.